

ACTORES, VALORES Y CULTURA. REFLEXIONES ACERCA DEL PAPEL DE LA CULTURA EN GEOGRAFÍA

Walter Leimgruber

Universidad de Friburgo (Suiza)

RESUMEN

Se insiste en la influencia de la cultura en geografía mediante dos temas concretos: la noción de paisaje humanizado, es decir, el paisaje transformado por los agentes humanos según sus actos y valores, y en segundo lugar, la noción de multiculturalismo, asociada durante estas décadas sobre todo a las migraciones internacionales, pero que se prestaría igualmente como sujeto de estudios de tipo nacional o incluso regional.

La cultura en geografía es una visión de las actividades humanas en el espacio y el tiempo que pone de manifiesto el lado oculto de las manifestaciones físicas de tales actividades.

Palabras clave: geografía, cultura, paisaje, multiculturalismo.

ABSTRACT

It is insisted that culture influences geography by means of two specific topics: the notion of humanised landscape, that is to say, the landscape transformed by human agents according to their actions and values; and secondly, the notion of multiculturalism, mainly associated to the international migrations occurred during these decades, but it could be subject of national or even regional surveys, too.

Culture in geography is a vision of the human activities in space and time that shows the hidden side of the physical demonstrations of such activities.

Key words: geography, culture, landscape, multiculturalism.

Fecha de recepción: diciembre de 2002.

Fecha de admisión: marzo de 2003.

INTRODUCCIÓN

La cultura se ha convertido en un concepto en boga, tal y como lo demuestra la noción de multiculturalismo que ha sustituido a la de *melting pot*, bastante tiempo conservada sobre todo en Estados Unidos. La cultura se convirtió, de este modo, en un tema potente en los debates sobre las migraciones internacionales y el proceso de globalización (ver las contribuciones reunidas por Featherstone, 1990). Se habla de cultura en contextos variados a diferentes escalas. Durante la Década Mundial para el Desarrollo Cultural (1988-1997), proclamada por las Naciones Unidas en 1982 (Barré, 1998), la UNESCO apreció particularmente un proyecto suizo dedicado a la cultura de los barrios urbanos (Rellstab, 1998). Se esperaba contribuir a la solución de los problemas sociales en las ciudades mediante actividades culturales, sobre todo artísticas. Pero, ¿de qué se trata y cuál es la relación entre nuestra disciplina y la cultura (una vez definida)? Nuestra contribución propone algunas reflexiones personales acerca de este tema.

La noción de cultura es bastante vaga y las definiciones son numerosas. Se entiende por cultura, el modo de vida, las bellas artes, las tradiciones, algunos objetos específicos, elementos precisos de la vida social, etc., una pluralidad subrayada por Ryu (2000, p. 26) en su libro sobre los diferentes aspectos del paisaje humanizado (o cultural) de Corea. En un ensayo de 1990, Friedman emplea el término cultura como sinónimo de especificidad; insiste sobre las estrategias de consumo propias que definen los contornos de un espacio de identidad específica (p. 312). La cultura, por lo tanto, también es un comportamiento adaptado a una situación particular y que alcanza todas las relaciones de un individuo y un grupo consigo mismo, con los demás o con la naturaleza.

Para que se entienda mi actitud personal al respecto de este tema, he aquí lo que yo entiendo por cultura. Se trata de la cantidad de valores y tradiciones que caracterizan a una sociedad y que han sido transmitidas a través de la historia, modificadas sucesivamente y completadas para llegar a la situación actual, y a la vez susceptibles de ser modificadas y transmitidas en el futuro. La noción de cultura comprende la visión del mundo, la pertenencia espiritual (las religiones), los rituales en un sentido amplio, las transmisiones del saber (lengua, educación), la organización social (en el ámbito político y extrapolítico), las actitudes, los tabúes, las relaciones interpersonales, las técnicas y los objetos materiales (obras de arte, herramientas) ligadas al modo de vida. La cultura es a la vez estática (un estado en un momento dado) y dinámica (en constante evolución), simbólica y material (Mitchell 2000, p. 14).

La cultura es irracional, ligada a las emociones y se sustrae de las relaciones científicas. La racionalidad desarrollada en Europa desde el Siglo de las Luces, nos ha impregnado con una forma de pensar utilitarista. Las sociedades cuyas culturas carecen de esta racionalidad tienen otra actitud de cara a los hombres y la naturaleza que las sociedades llamadas modernas. Para ellas, el principio de solidaridad constituía la norma, y la naturaleza, como recurso, era apreciada con respeto, es decir, bajo una perspectiva a largo plazo (Jay & Morad, 2002).

Desde un punto de vista geográfico, me gustaría insistir sobre dos temas en los que la cultura tienen un papel principal. Se trata, en primer lugar, de la noción de paisaje humanizado (paisaje cultural), es decir, el paisaje transformado por los agentes humanos según sus actos y valores. En segundo lugar, retomaré la noción de multiculturalismo, asociada durante estas

décadas sobre todo a las migraciones internacionales, pero que se prestaría, igualmente, como sujeto de estudios de tipo nacional o incluso regional.

LOS VALORES: FUERZA MOTRIZ DE LOS ACTOS HUMANOS

Como actores, los hombres deciden y actúan siempre en el seno de un sistema de valores. No se trata del valor de intercambio, concepto puramente económico, sino más bien de valores en sentido social y cultural, ligados a las normas de una sociedad. «... una norma constituye una regla o un criterio que rige nuestra conducta en la sociedad. No se trata de una regularidad estadística en los comportamientos observados, sino más bien de un modelo cultural de conducta con el que estamos obligados a conformarnos. La norma adquiere un significado social en la medida en que, tal y como se deduce del término cultural, está —hasta cierto punto— compartida» (Chazel, 2001). Los valores son los principios generales que sirven como legitimación de las prescripciones y prohibiciones expresadas por las normas (ibid.).

Los valores culturales son una expresión del sistema de valores general. El sociólogo H. Becker (citado en Hillman 1989, p. 141 ff.) estableció una distinción entre dos extremos, que denominó los valores sagrados y los valores seculares, sin atribuirlos a una religión particular. Los extremos son posturas que nunca llegarán a ser alcanzadas, que nunca hay que alcanzar porque evocan la estabilidad extrema, sin permitir la esperanza del cambio. En realidad, los valores humanos siempre oscilan sobre el *continuum* entre lo sagrado y lo secular (Fig. 1), lo que explica nuestras actitudes variables ante tantos fenómenos de naturaleza física o cultural.

Valores sagrados	Valores seculares
— conservación	— innovación
— solidaridad	— egoísmo
— sostenibilidad	— explotación
— humildad	— arrogancia
— intolerancia	— tolerancia
— exclusión	— inclusión

Figura 1: El *continuum* de los valores

Los valores seculares han ido superando durante el siglo XX a los valores sagrados, otorgando privilegio el crecimiento económico, las continuas innovaciones, la racionalidad, el utilitarismo y la velocidad. Esto se puede apreciar día a día con los objetos banales de la vida. No sólo hay un cambio externo (de forma), sino que a veces también es interno (de funcionamiento). En cuanto nos habituamos a una cierta forma de funcionamiento, hay que volver a empezar con el aprendizaje debido a las transformaciones —basta con observar la evolución de los ordenadores o de los programas informáticos, donde la constante innovación nos obliga a un comportamiento de consumidor y de eterno alumno—. Las consecuencias de dicha orientación hacia los valores seculares son, entre otros ejemplos, los ataques contra el medio ambiente (la contaminación atmosférica y de los lagos, ríos y mares, el asfaltado del

paisaje, la agricultura intensiva con el uso de sustancias químicas nocivas), así como los desperfectos de las sociedades —el consumo de drogas, los niveles crecientes de suicidios y la caída de la familia—. Recientemente, nuestra época, llamada tanto modernidad como postmodernismo¹, se caracteriza por una ligera rectificación de la balanza hacia los valores sagrados. La experiencia de los daños contra la naturaleza y las sociedades, hizo que prestásemos atención a las consecuencias a largo plazo, de proseguir la loca carrera hacia el tener siempre más dinero, beneficios y prestigio basado en los aspectos materiales. Los indicios todavía son débiles, pero ya no pueden ser ignorados.

Este planteamiento de ciertos aspectos de la modernidad (por retomar el término) se refleja en numerosos ámbitos: la crítica del liberalismo o de la globalización, el regreso a la naturaleza y el descubrimiento de la virtud de la lentitud o de la desaceleración (Reheis, 1996). El movimiento *slow food* que conllevó las *slow cities* son un ejemplo de ello. Estos dos proyectos consideran la lentitud como un elemento importante para la calidad de vida. El *slow food* fue organizado de manera descentralizada y encuentra sus raíces en el entorno local respectivo (Slow food homepage). Defiende una agricultura sostenible que produce alimentos de calidad —por lo que ha recibido el Premio Mansholt en noviembre de 2002 (Mansholt Prize)—. Por su parte, las *Slow cities* se comprometen a llevar una política respetuosa con el medio ambiente, promover los productos locales y de calidad, favorecer la hospitalidad y sensibilizar a sus ciudadanos con estos objetivos (Slow cities homepage). La lentitud, en este contexto, no significa por lo tanto la desaceleración de la vida, sino una reconsideración de los valores endógenos que no favorecen, por ejemplo, los *fast food* (de calidad mediocre, gran productor de deshechos), o bien el rechazo a adaptar las ciudades a las exigencias de los transportes desenfrenados. El movimiento favorece los circuitos locales, en vez de los nacionales o incluso internacionales; se opone, de este modo, al globalismo. La velocidad, por su parte, se queda más bien en un segundo plano. La cultura de la lentitud es, por lo tanto y en primer lugar, un modo de vida.

EL PAISAJE HUMANIZADO-UNA EXPRESIÓN DE LA CREATIVIDAD HUMANA

A lo largo de la historia, los seres humanos han ido modificando el paisaje con sus actividades y, de esta manera, fueron creando paisajes humanizados según las circunstancias naturales y culturales, según el sistema de valores de una época dada. El paisaje natural —concebido en su propia dinámica determinista— quedó, así, modificado por las exigencias humanas y las tecnologías disponibles. En el curso de los siglos, y milenios, las estructuras humanas a veces lo transformaron enormemente, otras veces la naturaleza reconquistó su terreno frente a las modificaciones en las sociedades colonizadoras. Por lo tanto, el paisaje humanizado varió a lo largo de la historia, según las evoluciones de las sociedades, de las perspectivas económicas y de los valores dominantes. La historia de nuestro continente es un excelente ejemplo. Después de que los romanos hubiesen creado una organización espacial sistemática, basada en su cultura urbana, los colonos germánicos, que llegaron con la migra-

1 Se trata, en principio, de dos nociones absurdas, puesto que la «modernidad» es lo contemporáneo, lo actual, lo presente, lo que es diferente a lo tradicional; lo «postmoderno» es, lógicamente, lo futuro, lo que sucede después del presente.

ción de los pueblos, y con una tradición rural, transformaron radicalmente dicha organización. En el transcurso de la Edad Media surgió un nuevo crecimiento de las ciudades ligado al desarrollo de las manufacturas textiles, al comercio internacional y al sistema bancario. Los grandes ejes de transporte, símbolo del poder romano, habían sido abandonados tras la caída del Imperio, pero volvieron a encontrar su papel a partir del siglo XII. A continuación, el Siglo de las Luces modificó la forma de pensar y tanto las intervenciones humanizadas sobre el paisaje, como la transformación del paisaje humanizado se intensificaron, siguiendo un paradigma racional. Ciudades, metrópolis y nuevos ejes de transporte se fueron desarrollando tras la Revolución Industrial. El paisaje civilizado o técnico (una noción creada por Exald, 1978) es el resultado de ello. En estas últimas décadas, se empezó a alzar la voz contra la creciente artificialización de nuestro entorno. En cuanto se reconoció el paisaje como el capital del turismo, surgió un movimiento en esta dirección. Los parques nacionales y naturales, las reservas de la biosfera y la protección del paisaje y el patrimonio van viento en popa.

Tras estos ciclos de percepción y transformación del paisaje, se esconden los valores culturales de una sociedad que dominan una época particular de la historia. Según la definición anteriormente expuesta, estos valores incluyen, entre otras cosas, las tecnologías al servicio de los hombres. Así pues, resulta evidente que los daños contra el paisaje eran diferentes en la Edad Media que en la época romana, o en los siglos XIX y XX. Sin embargo, ya la propia cultura griega de la antigüedad había cometido desperfectos considerables. En la comedia *Los Acarnienses* (publicada en 425 a. J.C.), Aristófanes (445-380 a. J.C.) hace hablar a un coro de carboneros de Acarnia, y de este modo nos informa acerca del papel de la producción del carbón vegetal, producto indispensable para la metrópolis de unos 400.000 habitantes, en que se había convertido la Atenas de la época. Mil kilos de madera dan una media de 200 kilos de carbón; se trata, por lo tanto, de una actividad que consume mucha madera y es posible asumir que los bosques de la región de Atenas estaban bastante diezmados. Platón (427-347 a. J.C.) nos ofrece en *Critias* (aproximadamente entre 380 y 350 a. J.C.) una imagen desoladora de la Ática: las montañas sin árboles, un ecosistema radicalmente transformado (Krebs 1997, pp. 45-50). A las destrucciones causadas por la demanda de carbón vegetal y madera para quemar, se añadían las deforestaciones para la construcción de barcos, una actividad que duró en el Mediterráneo hasta el siglo XIX. En los países con recursos mineros, los bosques se utilizaban para las minas y obtención de materia prima. Por su parte, las vidrierías consumían enormes cantidades de madera. La deforestación se había convertido en un gran problema en muchos países de la Europa del siglo XIX.

Las transformaciones del paisaje humanizado se comprueban, por ejemplo, a través de las estadísticas sobre el uso del suelo. La estadística suiza de la superficie (OFS 2001), establecida sobre la base de la renovación periódica del mapa nacional suizo, nos ofrece un ejemplo excelente. En Suiza, se constata que una media 0,9 m²/s (!) se convierten en superficies asfaltadas (carreteras, plazas de aparcamiento, edificios) —se trata de una transferencia de superficies agrícolas a superficies construidas— (Tabla 1). Por lo tanto, cada día desaparecen once hectáreas de tierras cultivables (lo que podemos considerar como una media fuerte). Como la superficie del país no cambia (41.285 km²), las pérdidas se registran en las superficies agrícolas y naturales. La tendencia que se manifiesta a través de estas cifras es el resultado de la preponderancia de los valores seculares: la marginación de la naturaleza, el deseo de poder

comprar productos agrícolas a precios ridículos. Los valores seculares se manifiestan mediante dos tendencias diferentes, aparentemente contradictorias, aunque comprensibles si tenemos en cuenta los procesos sociales recientes.

Tabla 1
TRANSFERENCIAS DE SUPERFICIES EN M²/S EN SUIZA, PERÍODO 1979/85-1992/97

Tipo de utilización	Ganancias	Pérdidas
Espacio construido	0,86	
Bosques	0,49	
Matorrales		0,04
Superficies agrícolas		1,27
Superficies no productivas		0,04
Total	1,35	1,35

Fuente: Oficina Federal de Estadística (OFS), Estadísticas de Superficies.

El fenómeno de la urbanización (incluida la rururbanización) es muy visible en el aumento de superficies construidas y no necesita de ninguna explicación complementaria, excepto de la siguiente constatación: el crecimiento demográfico del país se ha estabilizado, mientras que las construcciones aumentan. En efecto, se puede observar que las superficies de alojamientos no han dejado de aumentar. La afluencia de las capas medias altas y altas tiene una parte de responsabilidad. La otra parte se sitúa en el prestigio social asociado a una casa elegante, provista de un mobiliario generoso (que ocupa sitio) y las ofertas del «cine a domicilio» que también tienen sus exigencias espaciales. Este proceso se hace visible en la diferencia entre el crecimiento demográfico (9% en los años 1990) y el aumento de superficies habitables (13% en la misma época; OFS 2001, p. 14). En 1980, la superficie media de las viviendas era de 88 m² (34 m² por persona), en 1990 era de 93 m² (39 m² por persona). La tendencia va, por lo tanto, en alza².

Las ganancias en la superficie de los bosques, por su parte, pueden llegar a sorprender. Así, hay que añadir nuevas explicaciones en relación a este fenómeno. En 1902, Suiza incorporó una ley sobre los bosques que estipulaba el mantenimiento de la superficie boscosa en el país tal y como se encontraba en esa época, es decir, el 25% de la superficie total. Las deforestaciones eventuales (especialmente para las vías de transporte) tienen que ser compensadas con reforestaciones en las proximidades o en algún otro lugar. Desde entonces, el éxodo rural ha implicado una fuerte disminución de la agricultura. El crecimiento de las explotaciones es una consecuencia de ello, pero se producía, sobre todo, en las regiones de baja altitud. En las regiones de montaña, por su parte, hubo un abandono de las superficies cultivadas, sobre todo de las superficies marginales, y los bosques están avanzando. En la actualidad, la superficie boscosa se sitúa aproximadamente en el 30% de la superficie total, muy por encima de las previsiones.

² Los datos del censo de 2000 todavía no están disponibles.

Estas transformaciones del paisaje son la expresión de una cultura casi global, aunque mayoritaria en el caso de los principales responsables a nivel mundial, que privilegian un enfoque racional del ecosistema, basado en la explotación desmedida de los recursos. Esta mentalidad también se encuentra en el origen de la negligencia que hace circular superpetro-leros por los océanos, sin preocuparse por los eventuales accidentes ni por las consecuencias ecológicas y económicas que ésta conlleva.

EL MULTICULTURALISMO: VIVIR JUNTOS-VIVIR EN PARALELO

Nuestro segundo tema está dedicado a las relaciones interpersonales y a la coexistencia de las personas con un fondo cultural diferente. Actualmente, el término de multiculturalismo se relaciona fácilmente con las migraciones internacionales, sea la inmigración de mano de obra, sean los refugiados y los demandantes de asilo. Las personas que llegan al extranjero para estancias prolongadas traen su propia cultura (en lo que se refiere a tradiciones y modos de vida). La cuestión de la inmigración se ha mezclado con la interrogación acerca de la identidad nacional de los «indígenas», y se ha convertido, de este modo, en un problema de coexistencia de culturas. Esto enfrenta a las autoridades políticas y administrativas a enormes dificultades en las relaciones tanto con la propia población, como con los inmigrantes. Para estos últimos, la comprensión del funcionamiento de un sistema administrativo de otro país no es tarea fácil y, el entender, a continuación, cómo adaptarse a una sociedad de acogida con otro sistema de valores tampoco lo es. Para quienes migran por razones de trabajo, los problemas pueden resolverse con mayor facilidad que para los refugiados que provienen de situaciones de guerra o de persecuciones políticas, étnicas o culturales, o bien por razones ecológicas (catástrofes naturales). Los malentendidos conducen fácilmente a la desconfianza y a la xenofobia, por el simple hecho de que no nos encontramos en la misma longitud de onda cultural.

En principio, se puede decir que cada persona tiene una cultura propia, que nace de diferentes elementos de su vida: la edad, la familia, la formación, el trabajo, las experiencias, etc. Es lo que llamamos la personalidad, que es individual. A continuación, hay rasgos que son comunes para la humanidad. Lo que nos interesa no son los extremos, sino lo que se encuentra entre el individuo y la humanidad.

La cultura caracteriza a un grupo; como existen subgrupos, también nos encontramos con subculturas. Cada sociedad está compuesta por varios grupos con sus propias culturas y es, por lo tanto, a priori, multicultural. En el discurso político, la noción de cultura está más bien ligada al estado de nación o a la identidad de una sociedad unida por lazos políticos. Así es como el multiculturalismo recibe una dimensión política. La política lo observa, en primer lugar, como el resultado del movimiento migratorio. Es en este ámbito donde los gobiernos pueden ejercer el control sobre sus sujetos. Por lo tanto, es necesario recordar que las migraciones fueron un imperativo en toda la historia de la humanidad. Todas las culturas son, por lo tanto, el resultado de mezclas más o menos importantes. No existe una cultura nacional uniforme.

Así pues, hay que precisar la noción de multiculturalismo. Basándome en el ejemplo de Suiza, he propuesto establecer una distinción entre el multiculturalismo «indígena» y el «importado» (Leimgruber, en preparación). La perspectiva temporal es la del presente; indí-

gena significa, por lo tanto, establecido, existente desde hace varias generaciones, mientras que importado se refiere a los movimientos migratorios recientes. Esta distinción no es sencilla: los alemanes e italianos que llegaron a Suiza antes de 1914 y se naturalizaron desde entonces son, evidentemente, suizos pero, ¿los percibe todo el mundo como «indígenas», incluso tratándose de la quinta o sexta generación?

Suiza es un país multicultural en diferentes aspectos. Tradicionalmente somos plurilingües y plurirreligiosos, con culturas rurales y urbanas en las que se cruzan lenguas y religiones. Estos cruces hacen que el país sea un mosaico de regiones culturales; aunque se hable mucho de la separación entre la Suiza francófona (la Romandía) y la Suiza germanófona, no se trata de una ruptura real y profunda. Es cierto que la noción de «belgización» de Suiza empieza a aparecer, pero todavía estamos lejos de la situación belga. Con todo, es necesario esforzarse por mantener una cierta armonía.

Este multiculturalismo *indígena* es el resultado de dos invasiones a lo largo de la historia. En el año 58 antes de Jesucristo, los romanos se apoderaron del país de los Helvecios y los Recios (tribus celtas), y aportaron la cultura latina. Tras la caída del Imperio romano, los pueblos germanófonos invadieron el país del este, del noroeste y del sur entre los siglos IV y VII (Fig. 2). La zona de contacto entre los Burgundios (latinizados) y los Alemanes se situaba en la región de los Tres Lagos (lagos de Bienne, Neuchâtel y Morat, entre Berna y Friburgo). Sucesivamente, esta zona se convirtió en una importante frontera, entre la parte germanófona en el este y la Romandía al oeste. Los Lombardos (latinizados), por su parte, permanecían al sur de los Alpes, en la parte de Suiza que actualmente es italo-parlante. En los Grisones se conservó una lengua particular, el retorromano, de los celtas latinizados en la época romana. Todos estos límites lingüísticos permanecieron estables desde entonces.

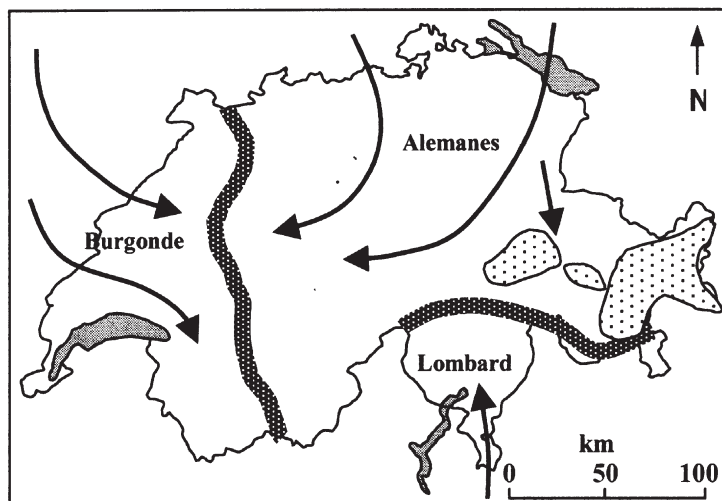


Figura 2: Las invasiones en Suiza, durante la migración de los pueblos. En punteado las regiones retorromanas.

La Reforma durante el siglo XVI alcanzó a Suiza de diferentes maneras. Según el principio *cuius regio eius religio*, eran las autoridades las que determinaban si sus sujetos seguían siendo católicos o se convertían en protestantes. Se trataba de una decisión política aplicada a los ciudadanos del propio cantón y de las regiones colonizadas. La ciudad de Berna, por ejemplo, también dominaba lo que hoy es el cantón de Vaud; por lo tanto, resultaba evidente que Berna y Vaud compartiesen la misma religión (la confesión protestante, en este caso). Los cantones protestantes fueron también el destino de refugiados protestantes de la Italia del Norte y de Francia, que se fueron integrando progresivamente en las sociedades locales. Así, se cruzaron separaciones religiosas y lingüísticas; anulándose, parcialmente, garantizando una cierta estabilidad del país (Tabla 2 y Figura 3).

Tabla 2
PRINCIPALES CONFESIONES Y LENGUAS EN SUIZA, 1990, PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN TOTAL

	Católicos	Protestantes
Alemán	25,7%	32,1%
Francés	9,5%	6,9%
Italiano	6,9%	0,2%

Atención: estos porcentajes tan sólo incluyen una parte de la población total del país (6,8/3,68/ del censo de 1990).

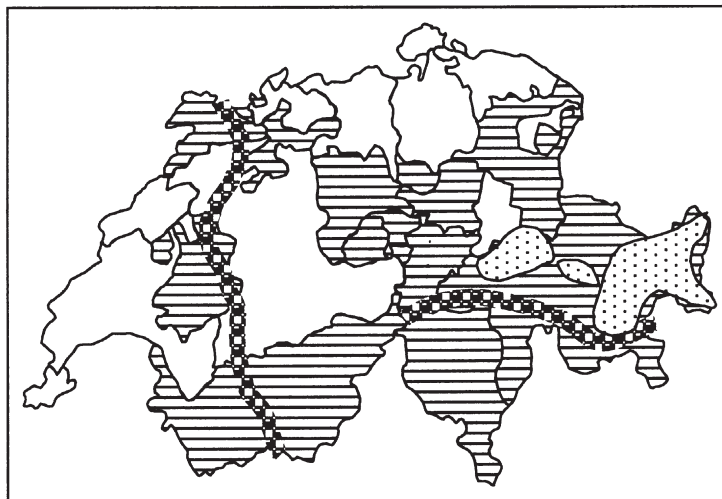


Figura 3: Límites lingüísticos (francés —alemán— italiano) y regiones del retorromano, superpuestas sobre los cantones suizos mayoritariamente católicos, 1990.

Estos límites culturales marcan a Suiza y su vida política, económica y social. Las mentalidades son, evidentemente, muy diferentes entre las tres grandes regiones lingüísticas (Leimgruber, 1991), así como en las partes protestantes y católicas de la población. La economía se concentra en la aglomeración de Zurich con los bancos y las sedes de importantes empresas (incluso si el gigante de la industria alimenticia, Nestlé, tiene su sede social en la Suiza romanda) donde se cruzan, por lo tanto, los principales flujos de información y capitales. La mentalidad protestante domina ampliamente sobre la economía —no olvidemos que la empresa multinacional Nestlé está situada en Vevey, en el cantón de Vaud, protestante, y fue fundada en 1866 por el farmacéutico Henri Nestlé (un inmigrante alemán y protestante). Las mismas variaciones son visibles desde el punto de vista político: cada gran partido está dividido en secciones cantonales que no siempre están de acuerdo con los delegados federales.

El multiculturalismo *importado* en la perspectiva actual se remonta a los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Tras el boom económico de los años 1950, la economía suiza necesitaba cada vez más mano de obra. Frente a un mercado de trabajo agotado en el país, reclutaba en el extranjero, primero en Italia y luego en España, Portugal y la ex-Yugoslavia. A estos trabajadores se unían los refugiados y los demandantes de asilo de diversas procedencias, lo que inflaba considerablemente el número de extranjeros en Suiza (tabla 3). Aunque al principio los obreros llegaban con contratos temporales, su estancia, con frecuencia, se prolongaba y, con el paso del tiempo, traían a sus familias. Esto provocaba la reacción de una parte de la derecha política que, a pesar de los fracasos en los plebiscitos, influyó fuertemente en los procesos legislativos y, según la coyuntura económica, en las actitudes de una parte de la población. Incluso si se asiste a una buena integración e incluso asimilación de muchos de ellos, este tipo de multiculturalismo se convirtió en un problema político desde los años 1960. Es cierto que se abusa del estatus de demanda de asilo, pero es proporcionalmente poco significativo.

Tabla 3
POBLACIÓN EXTRANJERA RESIDENTE EN SUIZA, 1950-2000

Año	Número absoluto	% de la población
1950	285.000	6,0
1970	1,003.000	16,2
1980	920.000	14,5
1990	1,245.000	18,1
2000	1,424.000	19,5

La población extranjera está distribuida de forma muy desigual por todo el país, como lo muestra la Figuran 4. Los cantones de Basilea-Ciudad (al norte del país), Ginebra y Vaud al oeste y Tesino al sur, demuestran una afluencia especialmente elevada. Basilea es una ciudad

internacional de comercio e industria farmacéutica, Ginebra es la sede de oficinas de la ONU y de agencias afiliadas (lo que también tiene consecuencias sobre el cantón vecino de Vaud), y Tessin disfruta de la proximidad de Lombardía, región económicamente fuerte que mantiene estrechas relaciones con este cantón. Así, la Suiza latina hace frente a varias culturas. Los extranjeros presentes, no sólo incluyen a los vecinos (franceses, italianos o alemanes), sino también a un gran número de nacionalidades. En particular Ginebra, con más del 30% de población extranjera, es una ciudad marcadamente internacional, debido a las organizaciones internacionales. Sólo un tercio de esta población es originario de la Europa del oeste, los demás provienen de otros continentes (Bailly, 1991).

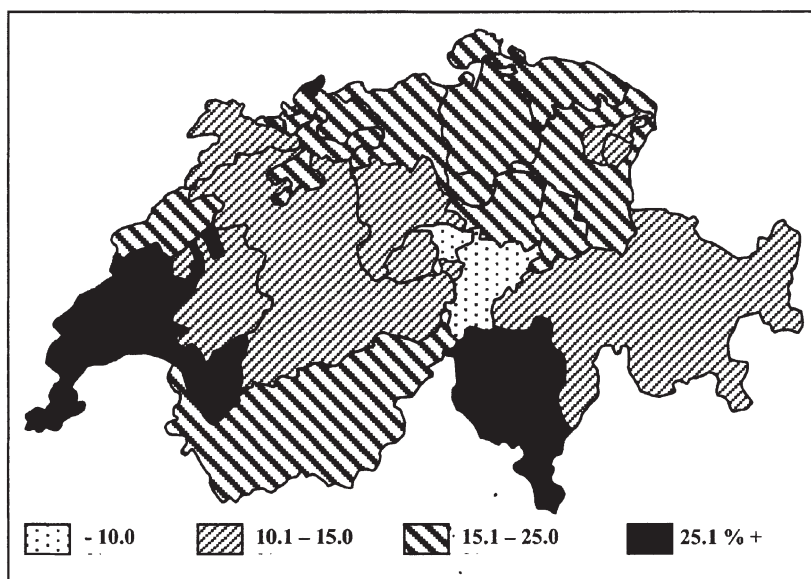


Figura 4. Reparto de los extranjeros en Suiza (en % de la población), 1998.

Uno de los mayores problemas, donde se reconoce, de nuevo, el multiculturalismo indígena, es la naturalización de los extranjeros. Conforme al principio de la subdivisión política del país en estado central (la Confederación), estado regional (los cantones) y estado local (los municipios), la naturalización pertenece, en primer lugar, a estos municipios; primero se es, por lo tanto, ciudadano de un municipio, y automáticamente, del cantón y de Suiza. El pasaporte es suizo, emitido por el cantón de domicilio, aunque encargado, normalmente, a la administración municipal. El procedimiento no siempre es sencillo en la Suiza germánica, donde se observa a los candidatos minuciosamente; en la Suiza latina, el temor al «Otro» parece ser menor, la mentalidad es más abierta. Fue allí donde se empezó a hablar de la participación de los extranjeros en la vida política local, lo que significa que la integración en la vida cotidiana suiza resulta más fácil.

CONCLUSIÓN

Los dos ejemplos anteriormente comentados fueron elegidos con la intención de ilustrar, mediante casos concretos, la influencia de la cultura en geografía. Detrás de ellos se esconden las actitudes de los actores, sus valores y visiones del mundo, es decir, de los elementos espirituales que se ven influenciados por las religiones —el ejemplo de la economía nos lo muestra perfectamente—. La tesis de Max Weber acerca de la mentalidad protestante y el capitalismo encuentra su confirmación, incluso si hay que añadir que la economía capitalista no es de propiedad intelectual protestante, sino el resultado de numerosas influencias culturales.

Sin embargo, esto dos ejemplos no muestran más que dos campos de aplicación del concepto de cultura en geografía. En su reorientación de la geografía cultural, Jackson (1989) nos recuerda otros ámbitos: las clases sociales, la cuestión feminista, el racismo, las lenguas y su instrumentación política. Mitchell (2000) añade a ello la política, el movimiento de liberación sexual, el nacionalismo y la identidad, la justicia y los derechos culturales. El tema se presta, por lo tanto, a amplias investigaciones. La cultura en geografía: una visión de las actividades humanas en el espacio y el tiempo que pone de manifiesto el lado oculto de las manifestaciones físicas de tales actividades.

REFERENCIAS

- BAILLY A. (1991): Genf. Eine internationale Stadt, *Geographische Rundschau*, 43/9, pp. 527-534.
- BARRE H. (1998): Le projet «Culture de quartier» dans la décennier mondiale du développement culturel, in Rellstab U. (éd.), pp. 21-27.
- HAZEL F. (2001): Normes et valeurs sociales, *Encyclopédia Universalis* Version 7, DVD.
- EWALD K. (1978): *Der Landschaftswandel. Zur Veränderung schweizerischer Kulturlandschaften im 20. Jahrhundert*. Ber. Eidg. Anst. f. forstl. Versuchsw. Nr. 191, Birmensdorf.
- FEATHERSTONE M. (ed. 1990): *Global culture. Nationalism, globalization and modernity*, London, Sage Publications.
- FRIEDMAN J. (1990): Being in the world: globalization and localization, in Featherstone M. (ed.), pp. 311-328.
- HILLMANN K.-H. (1989): *Wertwandel. Zur Frage soziokultureller Voraussetzungen alternativer Lebensformen*. Darmstadt: Wiss. Buchgesellschaft.
- JACKSON P. (1989): *Maps of meaning. An introduction to cultural geography*, London, Unwin Hyman.
- JAY M. & MORAD M. (2002): Cultural outlooks and the global quest for sustainable environmental management, *Geography* 87/4, pp. 331-335.
- KREBS P. (1997): *Il carbone di legna dall'età della pietra all'età del barbecue*. Mémoire de diplôme en géographie, Institut de Géographie, Université de Fribourg/CH.
- LEIMGRUBER W. (1991): Segregation oder Integration? Innen- und Aussengrenzen als Massstäbe des Denkens und Handelns in der Schweiz, *Geographische Rundschau*, 43/9, pp. 488-493.

- LEIMGRUBER W. (en préparation), *Immigrazione e multiculturalismo: l'esempio svizzero*. Conferenza tenuta all'occasione del Convegno sull'Immigrazione in Italia, 14-16 marzo 2002, Trieste.
- Mansholt Prize awarded to Slow Food,
http://www.slowfood.com/eng/sf_stampa/sf_stampa_dett_comu.lasso?idstampa=US_00076
(site consulté 02.12.02).
- MITCHELL D. (2000): *Cultural geography. A critical introduction*. London, Blackwell.
- OFS (2001), *L'utilisation du sol: hier et aujourd'hui. Statistique suisse de la superficie*, Neuchâtel, Office federal de la statistique.
- REHEIS F. (1996): *Die Kreativität der Langsamkeit. Neuer Wohlstand durch Entschleunigung*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchhandlung.
- RELLSTAB U. (ed. 1998): *Culture de quartier —Quartierkultur— Culture in the neighbourhood, 1986-1997. Project of the World Decade for Cultural Development*, Bern, Swiss National Commission for UNESCO.
- RYU J.-H. (2000): *Reading the Korean cultural landscape*, Elizabeth NJ & Seoul, Hollym.
- Slow Cities homepage: http://www.slowfood.com/eng/sf_ita_mondo/sf_ita_citta_slow.lasso
(site consulté 02.12.02).
- Slow Food homepage: http://www.slowfood.com/eng/sf_ita_mondo/sf_ita_mondo.lasso (site consulté 02.12.02).

